

LA HIPNOLOGÍA EN NUESTROS DÍAS.

DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE SANTIAGO

DURANTE LA

SOLEMNE INAUGURACIÓN DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1888 Á 1889

POR

D. TIMOTEO SÁNCHEZ FREIRE,

CATEDRÁTICO DE CLÍNICA QUIRÚRGICA.

SANTIAGO:
IMP. DE JOSÉ M. PAREDES,
Virgen de la Cerca, 30.
1888.

3180 - leg 49. P. 1^o

UVA.BHSC

UVA.BHSC

LA HIPNOLOGÍA EN NUESTROS DÍAS.

UVA.BHSC

HTCA
U/Bc LEG 49-1 nº3180



1>0 0 0 0 1 8 1 9 7 6

LA HIPNOLOGÍA EN NUESTROS DÍAS.

DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE SANTIAGO

DURANTE LA

SOLEMNE INAUGURACIÓN DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1888 Á 1889

POR

P. JIMOTEO SÁNCHEZ FREIRE,

CATEDRÁTICO DE CLÍNICA QUIRÚRGICA.

IMPRESO DE ORDEN DE LA UNIVERSIDAD.

SANTIAGO:
IMP. DE JOSÉ M. PAREDES,
Virgen de la Cerca, 30.
1888.

UVA.BHSC

Ilmo. Señor:

No es de ahora: el arte de producir el sueño conócese desde mucho há. No hace falta remontarse á aquellos brumosos tiempos en que las leyendas y las fábulas, entremezcladas de peregrino modo con la Historia, hacen casi imposible la crítica sensata y juiciosa; y buscar allí en las pitonisas y las sibilas, y en el templo de Delfos y de Esculapio las primeras manifestaciones del sueño provocado. Ni siquiera es menester acudir á las religiones de la India y trabar conocimiento con los faquires y los magos, cosa en ver-

dad muy del gusto de ciertos orientalistas para dar antigüedad suficiente á tal estudio. Semejante excursión, harto fácil por otra parte, no creo que sirviera de mucho en este asunto, como no fuese ameno paréntesis, que bien puede perdonarse en gracia á lo importante de la materia que me espera. Dejando, pues, á un lado cuanto pertenece á épocas más ó menos leyendarias, habré de empezar este rápido bosquejo desde el momento en que la cuestión se asomó á los umbrales mismos de la ciencia para llegar al presente histórico, en que penetró de lleno en su anchuroso templo.

No me detendré por tanto á examinar las diversas fases porque atravesó, ya unida á prácticas supersticiosas más ó menos vitandadas, ya formando parte de los programas del charlatanismo, ya desfigurada y pervertida por las impurezas con que la ignorancia y la mala fé la revestían y entreveraban. Durante todo ese tiempo la verdad fué ahogada entre los múltiples brazos de la hidra del error, y solo pueden hallarse con gran trabajo muy vagas huellas de su existencia.

Mediado el siglo pasado, un hombre de

ciencia, doctor en Medicina, conocido como escritor y naturalista, anunció un prodigioso descubrimiento, merced al cual iba á transformar la Medicina y la Física general. Gracias á él, las enfermedades quedarían poco menos que anuladas, explicados los arcanos del microcosmo, conocidas la esencia y aplicaciones de nuevas fuerzas y hecho el hombre dueño de la clave del mundo moral. Este programa, aún sin contar con las circunstancias del momento en que aparecía, favorables en demasía para que fuese acogido con entusiasmo, encerraba sobradas promesas y hartas maravillas para que no alborotase los ánimos, que siempre los hombres se fueron de buen grado tras lo desusado y misterioso. Por su parte Mesmer, que este era el noticiero, no omitió nada de cuanto podía difundir y propagar la buena nueva. Dirigió comunicaciones á sociedades sabias, admitió adeptos y discípulos, y estableció centros curativos adonde los enfermos concurrieron para ser tratados por el nuevo método.

Si las academias se mostraron asaz desdeñosas con quien se anunciaba como un revolucionario en el campo de la ciencia, no

así la opinión, que impresionada primero por el pomposo anuncio, y por determinados resultados más tarde, se declaró por gran mayoría partidaria del apóstol. Hombres de cierta notoriedad científica se hicieron discípulos del nuevo maestro, multitud de enfermos acudieron á su clínica, y por todas partes se extendió la noticia del famoso procedimiento. Estas y otras circunstancias hicieron que al fin se decidiesen las sociedades científicas á nombrar una comisión encargada de estudiar el asunto y de resolver en consecuencia.

La comisión, de la cual formaban parte hombres tan esclarecidos como Franklin, Lavoisier y Jussieu, presenció y practicó diversos experimentos, tratando de investigar lo que habia en la materia. Como era natural, sus trabajos se dirigieron de preferencia á comprobar las doctrinas expuestas por Mesmer, y en este terreno fuerza es confesar que no quedó bien parada la fama del novador. No fué posible, claro era, hallar indicios de los flúidos magnético y antimagnético ni en la cubeta, ni en los conductores, ni en las manos del operador. Practicando después experimentos en varios enfermos, obtuviéronse

sin embargo algunos resultados, tales como la producción de somnolencia, y aún un verdadero sueño en algún caso; siendo esto causa de que Jussieu formulase su parecer en un voto particular en el cual, trás muy atinadas consideraciones, afirma que cree que la imaginación exaltada puede dar lugar á los hechos observados, añadiendo que el estado nervioso especial que se produce puede ser de tres grados, que denomina eretismo, éxtasis y ausencia de facultades volitivas; terminando con decir que Mesmer y sus discípulos están en camino de hacer un gran descubrimiento.

Desgraciadamente, dióse ante todo Mesmer, no á observar y comprobar lo visto, sino á buscar explicación para ello; cosa en verdad no muy razonable á los ojos de los que hoy preconizan la observación y experimentación como base del saber, pero muy en uso en la pasada centuria. Y dióse aún en mayor grado á compensar sus afanes con el oro de sus creyentes. Colocado en esta senda, sin más guía que su imaginación preñada de ideas y abstracciones extrañas y con tendencia á lo maravilloso, y agujado por la codicia, no es de

admirar que, perdido el derrotero, se apartase cada vez más de lo único verdadero que había en su práctica, y se echase en brazos de un charlatanismo, más propio del superchero y baratador, que del hombre estudioso y honrado. Conviene advertir, no obstante, que no toda la culpa de tal proceder debe cargar sobre el inventor del *magnetismo*: de ella corresponde no poco á las ideas entonces dominantes, al estado general de la ciencia y á las tendencias de una época agitada por no pocas tempestades políticas y sociales á la vez, tempestades que si llevaban en algún caso como las cómicas el oxígeno vivificador en sus entrañas, también encerraban las tenebrosas oscuridades donde se fragúa el rayo.

Y aconteció lo de siempre: que la reacción se abrió camino y llegó el fin; y á su empuje abrumador desaparecieron los entusiasmos que el magnetismo había despertado, á pesar de adalides tan esforzados como el prudente y desinteresado D'Esión, catedrático de la Facultad de Medicina de París, y el abate Hervier, que tomó su defensa desde el púlpito de la catedral de

Burdeos. Y la magnetización á gran corriente, las varillas, las cubetas y el árbol magnetizado del boulevard de Saint Martin y otras baratijas de ridículo uso fueron relegadas al olvido.

De la liquidación del mesmerismo resultaba, no obstante, algún activo, que recogieron y acrecentaron Tardy, Bonnefoy, Ch. de Villerd y otros, pero muy especialmente el marqués de Pugsegur. Este, si bien no se había emancipado de las preocupaciones de su maestro, pues como él admitía la predicción, adivinación, doble vista, el conocimiento de las propias y ajenas enfermedades y más quimeras del *mesmerismo*, reunió sin embargo gran número de hechos positivos, con los que hubo de atenuar las antipatías del proceso mesmeriano, y pudo vislumbrar la sugestión que caracteriza el hipnotismo de nuestros días, reduciéndola á la fórmula: *croyez et voulez*.

Las turbulencias político-sociales ocurridas á últimos del siglo pasado y principios del presente habían llenado de inquietudes los ánimos de las gentes, y tal estado no podía menos de reflejarse en el magnetismo

por los caracteres de languidez de un largo período, durante el cual continuaron sus entecos adeptos sin apartarse gran cosa de las teorías anteriores, ni avanzar un paso en el camino de la verdadera observación.

Ya el siglo XIX había entrado en la segunda década, cuando renace en los espíritus la tranquilidad y el amor al estudio, y en su consecuencia alguno que otro soberano, varias corporaciones científicas y profesores conspícuos como Wolfart, Hufeland, Treviranus y Sprengel se aficionaron al magnetismo y contribuyeron un tanto á su adelantamiento. Por entonces el abate Faria tuvo el buen sentido de arrojar el pozal con que se intentaba extraer de inaccesibles profundidades las teorías del sueño provocado, dando así al traste con el fluidismo reinante, de donde el magnetismo tomaba su nombre; y á la vez probaba prácticamente que el mandato imperativo, que constituye una de las formas sugestivas, era suficiente para producir el sonambulismo. Poco después pide Foissac á la Academia de Medicina de París su veredicto, y una comisión compuesta de once esclarecidos

miembros hace constar, transcurridos que fueron seis años de observaciones y experimentos, que merced á cierta técnica de procedimientos variables se producen sorprendentes fenómenos, como son el sueño, el sonambulismo, la debilitación y la energía de las fuerzas orgánicas, anestesia general aún en las operaciones mayores, conservación en los sonámbulos de todas las facultades que tienen en la vigilia, olvido completo de cuanto ocurre durante el sueño artificial, y facilidad progresiva de los individuos para ser dormidos. En cuanto á las aplicaciones terapéuticas, opinaba la comisión que eran insuficientes los hechos observados para informar acerca de su utilidad, no obstante de haber obtenido muy ventajosos resultados, y aún la curación de parálisis, dándose además el caso de que uno de sus individuos, M. Itard, había conseguido por tales medios mejorarse notablemente de una penosa enfermedad crónica.

Así y todo, cuanto hasta entonces se había hecho no podría adquirir títulos de propiedad en los vastos dominios de la ciencia, si Braid, con el acierto, la profundidad y los trabajos

del hombre instruido y sagaz, no consiguiese integrar los estudios de sus predecesores negando toda acción magnética, perfeccionando la técnica é iluminando las oscuridades de la *sugestión*, ó sea el modo de imbuir á cada cual en todo tiempo y con el carácter de verdaderas las ideas que este posee de antemano. De este modo consiguió sustituir la palabra magnetismo, que induce á errores teóricos, por la de *hipnosis*, que simplemente significa sueño, y cimentó sólidamente la *Hipnología*, que por entonces era más lógico se la denominara *Braidismo*. Al mismo tiempo, Derling en Inglaterra y Grimes en América contribuían no poco al perfeccionamiento de la Hipnología.

A partir del año sesenta hasta el momento actual, ya sería difícil tarea seguir paso á paso la evolución progresiva de la Hipnología. Y es que las asociaciones científicas y profesores tan eminentes como Richet y Charcot por un lado, y Durang de Gros, Liebault, Bernheim y Beauis por otro, ó sea la escuela de la Salpêtrière y la de Nancy, como también Ochorowicz y Sánchez Herrero y tantos otros, han conseguido que la Hip-

nología haya entrado definitivamente en la Biología y que forme parte interesantísima de las ciencias antropológicas, de las que recibe y á ellas suministra todos los auxilios que se derivan de su íntima unión. Y así se ha elevado hasta la categoría de una especialidad, cuya importancia en el terreno de la Psicología y de la Terapéutica en nada cede á la de otras especialidades médicas. Y baste lo expuesto para que se comprenda que la Hipnología empezó como todos los conocimientos humanos: por algo informe que á través de opuestas crisis ha seguido desarrollándose con laboriosidad suma hasta alcanzar indiscutible razón de ser.

Sin embargo, por más que la hipnosis no rebase del término del orden natural, ni agite otras actividades que las propias y consuetudinarias de cada individuo, es lo cierto que por el cortejo de fenómenos extraordinarios que lleva apareados y por el dominio avasallador que ejerce en quien la recibe, tiene la virtud de conmover las susceptibilidades y aptitudes de muchas gentes indiscretas que, sin darse treguas para conocerla, murmuran de ella y la maltratan. Tiempo es

de que los hombres de saber y de buena fé la estudien en todos sus alcances y la defiendan como propiedad suya, á la vez que nuestros higienistas del alma cuiden especialmente de que esta no se enrede y manche en los la berintos hipnóticos.

He ahí las razones que han engendrado en mi ánimo el propósito de traer á esta solemnidad un boceto de la HIPNOLOGÍA EN NUESTROS DÍAS, cuidándome cuanto en mí cabe de no alterar en nada sus formas ni su colorido.

I.

Cuando el médico desconoce la Psicofisiología y no se ha cuidado de estudiar detenidamente el proceso de la hipnosis y su técnica, ni sabe que aptitudes ideorgánicas es necesario tengan los sujetos que reclaman los auxilios del nuevo sistema terapéutico, presenciará por cierto tantos fracasos cuantos sean sus ensayos, y correrá el riesgo de ocasionar males que no pueda remediar. A todo esto sin duda es achacable el progreso lento y laborioso de la Hipnología mientras tuvo cegadas las fuentes de donde sus conocimientos emanan.

No en todos los individuos actúa con facilidad igual la acción de determinado medio hipnógeno: la fijación de la vista en un punto cualquiera es suficiente alguna vez; convenirá en otras sustituirle por un punto brillante, según el procedimiento de Braid; por una luz intensa, como hace Charcot; y aún por el aparato de Sánchez Herrero, el cual, según aserto de su autor, vence las más

tenaces resistencias. Sin embargo, el procedimiento de la escuela de Nancy, que consiste en la fijación de la vista y la sugestión simultáneas, produce los resultados más generales y completos que hasta hoy es dado obtener. Terminado un decurso de minutos, rara vez de horas, durante el cual el paciente ha de concentrar su atención en el motivo que se le propone, se desarrolla el síndrome de la hipnosis, apareciendo primero la prefación del sueño y luego este confirmado; más sucede de ordinario que en las primeras sesiones no se produce el grado de somnificación conveniente, sea por resultar incompleta, ó porque sigue una marcha irregular; lo cual no importa gran cosa, puesto que todo se remedia en hipnotizaciones ulteriores.

Caracterízase el *primer grado* por movimientos del iris, hiperemia conjutival, lagrimeo, agitación especial de los párpados, cierto grado de palidez y enfriamiento de la piel, laxitud muscular y sueño. Inmediatamente después preséntanse otras manifestaciones, en las cuales se ingieren las diferencias individuales, como son la tendencia á la excitabilidad de las facultades sensitivas y el de-

cremento de la aptitud por el dolor. Durante este período, que es el monodeico de Ochorowicz y el presonambúlico de Sánchez Herrero, el durmiente conserva las relaciones exteriores, adquiere alguna sugestibilidad, se despierta fácil y espontáneamente, y recuerda cuanto le ha pasado.

El tránsito al *segundo período*, ó fase sonambúlica, necesario en toda hipnotización eficaz, se realiza por gradación suave de los últimos fenómenos del primero. En efecto, se aumenta la excitabilidad sensitiva, la piel y las mucosas se insensibilizan, y se borran los límites de la memoria y de la sugestibilidad; la reversión á la vigilia no siempre se hace espontánea, y al despertar no se recuerda nada de lo que pasa en el estado hipnótico.

Después de llegar á este punto, el hipnotizado se convierte en un instrumento vivo y racional del operador, en un autómeta que ofrece tantos y tan variados modos de ser, como implican sus aptitudes psíquico-orgánicas. Instrumento que el hipnotista debe conocer tan perfectamente como sea posible, así como la *sugestión*, la que es el libro de música de donde ha de tomar las piezas que

quiera ejecutar. Siguiendo en tal ejemplo, puede decirse que hay instrumentos que ya salen de fábrica inútiles, como son los idiotas y los imbéciles; otros que se han inutilizado después: los dementes; no pocos de paotilla: muchos alienados y ciertas mujeres histéricas; y, en fin, alguno que otro se desafina durante una hipnotización irregular, si bien la sugestión le temple fácil y seguramente. Para que se forme cabal concepto de la sugestión que informa al hipnotismo moderno, se puede asegurar que este sin aquella parece á un verbo reflejo en el presente del modo infinitivo sólo por ella conjugable. Insinúase la sugestión por todos los medios idóneos para sugerir ideas, hasta el grado en que el sujeto dormido llega á ponerse en tal *relación* con el operante, que alguna vez *adivina* los pensamientos de este, del mismo modo que ocurre en la vida ordinaria cuando un individuo está en las interioridades de otro. Variando los grados de intensidad y los procedimientos de la sugestión, se llega á modificar la mayor parte de las funciones y facultades psíquico-orgánicas, y muy en especial la sensibilidad, la motilidad, la memoria,

la imaginación y la voluntad. Por su intervención el médico produce en el acto todos los movimientos de que el sujeto sea susceptible, é igualmente parálisis y contracturas, aún de la vida orgánica, hasta llegar al estado cataleptoide; ocasiona anestесias é hiperestесias, algesias y analgesias locales y generales; determina isquemias é hiperemias, seguidas ó no de hemorragias; modifica las secreciones; aumenta, disminuye y pervierte la actividad de los sentidos; hace que la imaginación forje concepciones reproducidas, posibles y fantásticas; suspende la memoria sensitiva é intelectual, ó bién dilata sus límites de una manera tal que se recuerdan los sucesos más lejanos y con un lujo de detalles que parece inverosímil, y, por último, el hipnotizado acepta y cumple todo cuanto le sugiere el médico, si bien oponiendo en veces una resistencia vencible. Hay más aún, y es que la verificación de los actos sugeridos puede ser emplazada para una fecha no muy lejana, y tendrá lugar durante el sueño ó en estado de *aparente* vigilia, siempre que así se ordene. Aparente digo, porque, contra la opinión más general de los tratadistas, afirmo,

y basta para esto la observación, que todo acto de la sugestión hipnótica es de hipnotismo puro, una vez que le acompañan caracteres distintos de este, por esto debiera llamarse *vigilia hipnótica*. Todos esos fenómenos aparecen, se desvanecen y reproducen en breve tiempo, según al médico le convenga.

He ahí en sipnosis los hechos más culminantes del hipnotismo regular y típico, cuya trascendencia á la Psicofisiología y á la Terapéutica se deja conocer fácilmente; más ensayemos antes que interpretación natural y lógica les corresponde.

II.

Y llego ahora al más interesante capítulo de este rápido y sintético trabajo: á la parte en que me propongo dar razón de la manera en cuya virtud el hipnotismo se produce. Antes, sin embargo, de acometer esa tarea, voy á dedicar algunos párrafos á desvanecer los argumentos que andan rodando por ahí en contra de la hipnosis, argumentos, y por eso acaso aparecen rodeados de cierto

prestigio, que tienen la fortuna de ser amparados por hombres de cierta autoridad.

El primero que me sale al paso es el dictado de misteriosos é inexplicables con que se califican los fenómenos hipnóticos. «El hipnotismo, se dice, no es hoy por hoy más que una mera opinión, que descansa en hipótesis más ó menos ingeniosas; pero sin que se sepa á punto fijo lo que es, sin que haya concordancia entre los pareceres de sus adeptos, y sin que puedan explicarse los más salientes de los fenómenos que ofrece.» Luego veremos si puede ó no puede darse explicación, explicación tal vez fuera del alcance de quien no entienda la funcionalidad del organismo, pero ignorancia de que no puede ser culpable la hipnosis. Más dando como bueno, y solo por graciosa concesión, el citado aserto, cualquiera medianamente experto comprenderá que no puede aceptarse para rechazar la hipótesis. Pues qué ¿tenemos acaso la explicación de todos los fenómenos naturales? ¿Hay alguna ciencia que nos dé la clave de todos ellos? En los hechos que á cada día, cada hora y cada momento estamos observando, ¿no hay ninguno, ex-

ceptuando el hipnotismo, cuya generación no nos sea conocida? Lástima grande que no sea verdad tan aventurado parecer. Desgraciadamente la inteligencia humana, y pese á sus alardes de omnipotencia, casi nunca puede pasar de la superficie de los hechos, perdiéndose la explicación de los mismos en el mar sin orillas de lo desconocido. La luz, esa maravilla que llega con la aurora para disipar las sombras; que nos acaricia con sus rayos y nos envuelve en sus ondas; que tiñe á las vaporosas nubes de ópalo y grana y viste á las flores de delicados matices; que ilumina el océano donde se mueven en eterna armonía los mundos que hacen su mansión del espacio; y va á pintar allá en el fondo de la retina el mágico espectáculo de la vida ¿qué es? ¿Y que es el calor? es otra fuerza que mantiene y fomenta la vida en este globo que habitamos; que hace latir las entrañas de la tierra hasta rasgar su superficie; que reduce las distancias y cambia el estado de los cuerpos así para unirlos como para separarlos, y se distribuye en cantidad determinada entre las sendas especies que pueblan nuestro planeta. Todo se reduce á

fuerzas físicas, del mismo modo que la electricidad, el magnetismo, la gravedad y más, dicen los físicos, ó á movimientos ondulatorios de un flúido imponderable, etéreo y universal, contestan los partidarios de la unidad de las citadas fuerzas. ¿Y qué es tal éter? Se supone que existe para mejor explicarlas en espera de ulteriores progresos de la ciencia. ¡Siempre la hipótesis! Y por más que no las conozcamos en su esencia. ¿Dejarán por eso de ser verdad cuantos fenómenos producen tales fuerzas? ¿Hemos de renunciar á los beneficios que sus aplicaciones nos reportan? ¡Ah, señores! El misterio nos rodea, nos envuelve por do quiera, y hasta nos penetra y se hace dueño de nosotros mismos: ¿pues que mayor misterio que esta vida que vivimos, desempeñada por este admirable mecanismo que llamamos cuerpo y el soplo divino que le informa, el alma, de cuya existencia no podemos dudar, pero que es para nosotros la más inexplicable maravilla! Que no conocemos la esencia del hipnotismo.... sea así; más no por eso deja de ser un hecho innegable, ni debemos dejar de estudiarlo y sacar de él las aplicaciones convenientes.

Otro argumento, que por cierto en virtud de una famosa contradicción se saca del anterior, se refiere á la inmoralidad del hipnotismo. Después de afirmar sus impugnadores que su esencia nos es desconocida y que nada se sabe hasta hoy á ese respecto, parecía natural que, esperando á que la incógnita se resolviese, se abstudiesen de decir en tal asunto; más lejos de eso ¡peregrina inconsecuencia! se apresuran á asegurar que por lo mismo que no se sabe lo que es, debe ser, más todavía, es el hipnotismo cosa de mala ley, debida sin duda á las malas artes del enemigo malo, y condenable por consecuencia. A no tratarse de cosas tan serias y formales como son la ciencia y la conciencia, sólo á pura broma podría tomarse modo de discurrir tan descuidado, atribuir al diablo todo aquello que parece salirse de lo rutinario y cotidiano, sólo es propio de personas de vulgarísima laya é insolventes en achaques de ciencia. Los hombres de recto y sano juicio, antes de decidirse en materias que les son más ó menos conocidas, procuran enterarse y desvanecer las sombras en que el error los en-

vuelve. Pero no es sólo en este sentido en el que se tacha de inmoral al hipnotismo. Añádese que «el estado especial en que el hipnotizado se coloca, el ascendiente que sobre él adquiere el hipnotista, la malicia humana que en esto como en todo está alerta, todo esto junto, constituye un manantial perenne de peligros y abusos, bastantes y aún sobrados para condenar á quien los produce.» Es innegable que pueden existir tales abusos y peligros: de que no abusarán los hombres, y en qué lugar y ocasión no podrán ser peligrosos; pero en esto como en todo conviene distinguir entre el uso peligroso y el uso discreto. Distinguiéran en buén hora de esta suerte los que así en montón quieren confundir al médico prudente, que estudia el nuevo fenómeno y le hace servir como medio útil, científico y terapéutico, y que vé la más segura custodia en esa libertad limitada, con el adocenado charlatán y hombre de mala ralea, que solo busca una distracción, un espectáculo, ó cosa aún de peor índole, y nadie tendría que protestar de tal acuerdo.

No falta tampoco quien diga que el hipno-

tismo es una parte del *espiritismo*. Nada menos cierto, y sólo por imperdonable ligereza puede escribirse tal aserto. No hay entre ambas cosas más de común que la terminación del nombre. ¡Ni que puede haber entre una doctrina basada en absurdas prácticas y quiméricas observaciones, cien veces reducidas á polvo por el raciocinio sensato, y un hecho natural, innegable y sencillísimo, del que la ciencia se dá entera cuenta! Otro tanto puede decirse del *magnetismo animal*. Esta antigua doctrina consiste no tanto en los fenómenos que de ella se hacían derivar, cuanto en los fundamentos en que se apoyaba. Entre los primeros hay sin duda algunos que muy bien podrian ser hipnóticos; pero la torcida y errónea explicación que sus partidarios le han buscado, fueron causa así de su rápido descrédito, como del sello nada científico que forma lo saliente de aquella teoría. Y bueno es hacer constar aquí, aunque sea de pasada, que la Iglesia, que como madre cariñosa vela por la pureza de la verdad y la seguridad de las conciencias, á diferencia de lo que con el espiritismo sucede, sólo condenó del magnetismo aquellas manifestaciones que precisamen-

te no admitía la ciencia, y que así pertenecen al hipnotismo como el cornezuelo á la espiga del centeno: tales son la adivinación, la trasposición de sentidos, la doble vista y otras más.

El argumento más serio, y termino con él estos preliminares de mi prometida explicación, es el que se opone al hipnotismo fundándose en que priva al hombre de su libertad y le convierte en un autómeta, sujeto sin restricciones á la voluntad de quien le hipnotiza. Examinemos esto con algún despacio.

Claro está que ni en hipótesis he de discutir el libre albedrío, que á más de dogma respetable, es á la par convicción firmísima grabada con caracteres de fuego en lo más hondo de la conciencia. Séame, no obstante, permitido hacer constar que esta decantada libertad de que tanto nos enorgullecemos, está empecida casi á diario por numerosas cortapisas de que no sabemos ni podemos darnos cuenta. Nos creemos completamente, libres en nuestras acciones, y de ello blasonamos, y sin embargo, aún en aquellas que más espontáneas y propias de nosotros mismos nos parecen, somos harto á menudo movidos por

ingerencias extrañas. Prescindiendo de los impulsos que una pasión cualquiera, no siempre en verdad apreciable, ni aún quizá las más veces, comunica á muchos actos que nosotros tenemos por enteramente libres, hay fuera de nosotros multitud de agentes que obran constantemente sobre nuestro ánimo produciendo en él mayor ó menor huella, y siendo causa eficiente, cuando no determinante, de nuestras acciones. Las circunstancias de lugar y tiempo; las ideas preconcebidas; la educación especial de cada uno; ese conjunto de juicios parciales que se llama criterio particular; la influencia del medio ambiente, que sin darle tanta amplitud como los naturalistas ó deterministas quieren, es sin embargo innegable dentro de ciertos límites, cosas son todas estas que, juntas ó separadas, ejercen sobre nosotros desconocido y á veces decisivo imperio. No es por tanto tan omnímoda nuestra libertad moral como nosotros pretendemos, pues si bien es absoluta en abstracto, está en la práctica coartada por no pocas ligaduras. En el caso, pues, de que el hipnotismo la mermase, vendría á ser una de tantas trabas que la dificultaría en ocasiones, pero

á su existencia no se opondría jamás. Pero se va más adelante: «La sugestión, se dice, una vez introducida en el cerebro, tiene que cumplirse necesariamente, sirviendo de poco que la voluntad se rebele contra ella, pues es siempre vencida en esta lucha; y este dominio no solamente dura mientras el sueño está apoderado del individuo, sino después que aquel se disipó y aún en ocasiones largo tiempo. De suerte que ni aún puede compararse el hipnotismo con la acción que ejercen ciertos anestésicos, el cloroforno por ejemplo, y esto equivale á anular la voluntad.» Aunque el argumento es especioso, tiene, no una, sino muchas respuestas. La primera es que el hombre puede abdicar hasta cierto punto de su libertad en bien de si mismo, abdicación que es un acto de libertad misma, y así el que voluntariamente se presta á ser hipnotizado, deja en suspenso su libertad con todas sus consecuencias, no de otro modo que cuando se entrega al sueño diario para reparar las fuerzas del cuerpo y las actividades del alma; ó se sujeta á la anestesia quirúrgica para no sentir dolor y aumentar la resistencia orgá-

nica, y aún se podrá añadir que en el mismo caso se encuentra el que renuncia sus derechos á la prole por perfeccionarse en la virtud, encerrándose en los baluartes de la castidad. No es por lo tanto una sustracción violenta de su libre albedrío la que se le hace, sino que únicamente se toma à préstamo lo que él de buena voluntad ofrece para devolvérselo con creces. Aún hay más todavía: no es completamente exacto que la sugestión obre con tan necesaria fuerza. El que se hipnotiza lleva á la hipnosis, como á otro acto cualquiera de la vida, su carácter, su manera de ser, su personalidad propia. Si dócil y sumiso es despierto, humilde y obediente será dormido; y si es rebelde y levantisco en la vigilia, estas mismas condiciones resaltarán en el sueño. De aquí proviene en parte la diferente sugestibilidad de cada cual. Hombres hay cuyo cerebro parece blanda cera que recibe cuantos trazos se imprimen en su superficie; en tanto que en otros es tan difícil esculpir como en el mármol más duro. Ahora bien, el convencimiento—que no otra cosa es la sugestión—es sentimiento que á cada paso tratamos de producir en

el ánimo, sin que hasta ahora á nadie se le ocurriera por eso el decir que de esa suerte se ataca la libertad. Por último la sugestión, en cuanto al individuo que siente su influjo, no es pérdida de voluntad, sino impulso interior que con la voluntad batalla, de igual forma y modo que otro impulso cualquiera de los muchos que se albergan entre los pliegues del alma.

Sentadas estas premisas, pasemos á exponer como se producen los fenómenos hipnóticos. Para esto nos bastará saber como se llega á la *sugestión*, lo cual nos dará la clave para resolverlo todo.

Dos factores entran en la producción del sueño: de una parte la quietud y el cansancio que la fijeza de la mirada produce en el aparato visual; y de la otra, la idea del sueño apoderándose del alma por la concentración del pensamiento y la ausencia de cuanto pueda distraerla. Y este es precisamente el procedimiento en cuya virtud se produce el sueño natural, espontáneo, cotidiano. Cuando queremos dormir, no otra cosa hacemos sino buscar el sosiego, tanto del cuerpo como del alma. ¡Y cuan pronto

nos desvela y agita un dolor importuno, una idea tenaz que nos barrena el cerebro y aturde el alma con su incesante zumbido! Nada, pues, sucede de extraordinario en el sueño artificial, que en el natural no ocurra. Surge no obstante una dificultad: se dirá que entre ambos sueños media la radical diferencia de que en el hipnótico el sujeto dormido lo está de otro modo que en el espontáneo, puesto que continúa en relación con el mundo exterior, y habla y ejecuta cuanto se le ordena por el que le colocó en tal estado. Es verdad esto, pero sólo en apariencia. Dormido cualquiera espontáneamente, permanece fijo en la idea de su propia personalidad, única que interviene en el hecho, y de aquí que fuera de sí mismo no tenga, durante aquel espacio de tiempo, ningún recuerdo vigoroso que le mantenga en espectación. No todo duerme en él sin embargo: aunque en pequeña escala, el cerebro trabaja y el alma piensa. La cotidiana labor cerebral no se detiene, ni cede el incesante batallar de las ideas. Los múltiples accidentes de la vida, los trabajos pendientes, las alegrías y las tristezas, toda

la vida moral en fin y no poca porción de la física, componen el inacabable kaleidóscopo de los ensueños. ¿Y qué son estos sino autosugestiones que nosotros mismos nos hacemos? Y no sólo consisten los ensueños en el embrollado chacar de mal definidas ideas, de que al despertar nos acordamos confusamente; también durante el sueño se razona, y se razona discretamente. ¿A quien no acontece alguna vez dormirse preocupado con la resolución de algún árduo problema, y al despertar encontrárselo resuelto? ¡Cuántas de éstas que tomamos por felices inspiraciones del momento son el resultado del callado trabajo que en sueños efectúa nuestra mente!

Que el sueño hipnótico es el mismo normal y fisiológico, puede comprobarse con facilidad. Aproximándonos á una persona dormida, mucho más si nos conoce y no tiene motivos de sobresalto, y hablándole dulcemente, podremos lograr que sin despertarse nos conteste y ejecute actos más ó menos complicados. El experimento saldrá mejor ó peor según las personas con quienes le pongamos en práctica y las veces que se intente. Los

niños son susceptibles de prestarse á esto, y bién lo saben las madres cuando los obligan á ejercer varios actos, que ellos cumplen con entera conciencia, y sin que los recuerden en vigilia; experimento que resultará concluyente, si se hace en un sonámbulo espontáneo. ¿Y que más hacemos en este caso que cambiar los motivos de los ensueños?

No hay por lo tanto nada de extraordinario en la producción de la hipnosis: es el mismo sueño normal provocado por una maniobra agena al individuo. Cierto es que en el sueño hipnótico se observan varios fenómenos que parecen apartarle por completo del normal; pero estos son en cierto modo independientes del sueño mismo, pues si á un individuo hipnotizado se le deja dormir sin interrumpirle, dormirá tranquilamente y con todos los caracteres del sueño espontáneo. Lo que hay es que este sueño es fácilmente transformable en sonambulismo, ó sea sueño activo, cosa que es más difícil, de conseguir en el sueño normal. Y esta mayor facilidad con que el hipnotizado se hace sonámbulo, no depende de otra cosa que de la idea fija que le domina al quedarse dormido,

y de saber que lo hace impulsado por otra persona, con la que, por esto, permanece en relación mientras duerme.

Entiendo que con lo expuesto, puede comprenderse el artificio en cuya virtud el sueño hipnótico se produce, y el por qué de los caracteres que presenta. Parecénme estos hechos fácilmente comprobables, y de conocimiento asequible á cualquiera que tenga interés en examinarlos.

Vamos á estudiar ahora el fenómeno que da á la hipnosis la apariencia de maravillosa; el que es causa del entusiasmo de unos, del asombro de otros, y de la desconfianza de no pocos: la *sugestión*.

Escrito queda lo que se entiende por esta palabra: es el calco, por decirlo así, de una idea cualquiera en el cerebro del hipnotizado, idea aceptada por este como indubitable realidad. Cualquier medio basta para expresarla, como el gesto ó la insinuación más leve; pero el medio por excelencia consiste en la palabra, la afirmación de viva voz ó sea la sugestión hablada. Que la sugestión existe como hecho es innegable: más atrás queda expuesto. Veamos ahora de dilucidar en virtud

de que fuerza se obliga á un hipnotizado á que acepte como buenas todas las ideas, aún las más absurdas: como resultan para él obligatorias las órdenes que recibe: como en fin esta obediencia ó esta pasibilidad alcanza hasta ciertos fenómenos orgánicos.

La credulidad es el estado natural de la inteligencia, estado necesario para la existencia y para la vida intelectual. Borrada del alma la credulidad, la fé innata que como condición de su propia esencia tiene encarnada en sí misma, ño llegaríamos jamás al estado de afirmación completa y absoluta, y el ánimo flotaríá eternamente en las impalpables nebulosidades de la duda: no hay modo de ser científico ni religioso fuera de la credulidad. Lejos de eso, al llegar una sensación al alma, al observar un hecho, al oír una afirmación, la razón la juzga y, si la encuentra aceptable, la cree. Así nace la convicción. Pero dada la credulidad y suprimido ó debilitado el juicio, toda sensación recibida, todo hecho observado y toda afirmación sentida, serán aceptadas sin distinción y creidas sin vacilaciones. Tal sucede durante el sueño, en el que faltos de discernimiento

para separar lo verdadero de lo falso, nos entregamos en brazos de la fantasía, que allá nos lleva donde bien le viene, y tan pronto nos angustia con sus terrores, como nos enloquece con sus fantasmas.

Ahora bien, el hipnotizado no difiere en este punto del durmiente ordinario: su juicio está interrumpido, y su discernimiento, que es acto de la razón atenta, no funciona. En este estado una afirmación cualquiera, hecha á más abundamiento por persona en quien tiene puesta su fé, como el médico que le cura, es aceptada sin restricciones ni temor. Y esto no sólo no es sorprendente, sino que es lo lógico y lo natural. Lejos de admirarnos de la candidez del que duerme, debemos de comprender que lo notable y lo raro sería otra cosa, es decir, su resistencia á creer cuanto se le afirma. La afirmación es el estado natural del alma, la negación es sólo un accidente. Y esta convicción debe desarrollarse más pronto y con más fuerza en el hipnotizado, porque aplica á ella toda su energía. Sin pararnos ahora á investigar en que consiste el sueño fisiológico, cosa no bien determinada aún por la ciencia, y que

en fuerza de la costumbre miramos como de poca importancia, es innegable que es un estado de reposo relativo del cerebro. Este descanso es igual para todas las partes ó todos los órganos de que el cerebro consta, y por tanto todos ellos duermen en igual grado. En el sueño hipnótico pasa lo mismo en cuanto no se intercepta por motivo alguno; más en el momento en que el médico interviene despertando, por decirlo así, uno ó más órganos cerebrales, el hipnotizado aplica á ellos la energía que habia de repartir por todos los demás; y de ahí que funcionen aquellos con mayor actividad.

Dedúcese de lo expuesto, que lo creído por el hipnotizado es puramente imaginativo, y efecto de la convicción producida en su ánimo. Así es en verdad, sin que por esto esos efectos de imaginación no puedan á su vez ser causa de hechos y de consecuencias reales, tangibles y positivas. Y también se comprenderá que la sugestión para ser eficaz, es decir, para engendrar el convencimiento, ha de versar sobre materias conocidas por el hipnotizado, pues de lo contrario el efecto no puede producirse. La imaginación puede crear

los conjuntos ó totales compuestos, pero los materiales para ello los toma siempre del archivo de la memoria. Por lo tanto, si se dá á un hipnotizado una idea que no despierte ningún recuerdo, claro está que la convicción no puede engendrarse, porque la imaginación no encuentra objeto sobre que fundarla. Así, por ejemplo, no podrá formarse idea del mar quien nunca salió de tierra adentro; y todo lo más concebirá una gran extensión de agua, pero jamás la incesante agitación, el hervir de las olas, la palpitación de vida que del océano se desprende. Dígasele en cambio á un marino que le está viendo, y la imagen del grandioso elemento surgirá ante él con todos sus caracteres, y hasta podrá percibir el grato ambiente de aquella brisa incomparable.

Hecha esta explicación de como la sugestión obra y la convicción se hace, nada más fácil que comprender cuantos efectos se derivan de esta causa. Cautiva del convencimiento la inteligencia, se entrega la voluntad casi sin lucha: el *querer* sigue al creer como la sombra al cuerpo. Desde el momento en que á un hipnotizado se le

hace *creer* que *quiere*, y ya vimos cuan fácil es esto, tal creencia se transforma inmediatamente en deseo real, sin que pueda suceder otra cosa; y en este estado ya la voluntad, nada más fácil y sencillo que dirigirla. Por lo tanto, compréndese claramente en virtud de que simple procedimiento se verifican todos *los fenómenos hipnóticos* que son más ó menos exclusivamente *ánimicos*, es decir, que de la sola inteligencia y de la voluntad se derivan.

Veamos ahora como estos fenómenos imaginativos pueden obrar sobre el cuerpo y ser causa de *hechos* completamente *orgánicos*.

Bueno será el recordar aquí y antes de pasar adelante, la oscuridad que reina todavía respecto á las múltiples, variadas y complejas funciones del aparato inervador. A pesar de las incesantes investigaciones que diariamente se hacen en su estudio y de los innegables adelantos de la ciencia en este terreno, es lo cierto que la Anatomía y la Fisiología tienen aún mucho y escabroso camino que recorrer antes de llegar al término deseado. El sistema nervioso,

que es en verdad el más importante de los muchos y admirables que componen la complicadísima máquina de la organización, es sin duda á la par el más estudiado y menos comprendido de todos ellos, que no en vano forma parte de ese misterioso nudo que ata el alma con el cuerpo. Ahora bien, siendo esto así, y obrando por otra parte el hipnotismo sobre el aparato inervador, comprenderáse que la explicación que intento dar, habrá de tropezar necesariamente con la vaguedad é incompleto conocimiento que de las funciones nerviosas tenemos al presente.

A más de la memoria que corresponde al espíritu, hay una memoria orgánica, ó sean las reminiscencias sensoriales, que dicen los psicólogos, y que no consisten en otra cosa que en el recuerdo que conservan los sentidos de la impresión recibida una vez, de tal suerte que basta la más leve circunstancia que con aquella impresión se relacione para despertarla por completo y de vivísima manera. Si en un día estival, fatigados por el calor, recordamos una fruta fresca ó una fuente cristalina, la boca se nos hace agua,

según la frase tan vulgar como gráfica, puesto que excitados por el recuerdo los nervios que presiden la secreción salivar, hacen que este jugo aumente en cantidad y nos moje la boca. Sujetos hay que gustando apasionadamente de un manjar, no pueden mentarlo sin sentir violentísimas ansias de paladearle, y otros que molestados una vez por una medicina antipática, les basta oír la nombrar para sufrir bascas.

He aquí ahora como obra la sugestión sobre los nervios. Al decirle á un sonámbulo «Siente V. picor en la mejilla», v. gr., la convicción de que en efecto en esta parte le pica se forma rápidamente en su ánimo; el recuerdo de la sensación se produce, no sólo en el cerebro sino en los nervios sensitivos correspondientes, y siente real y verdaderamente el picor sugerido. Es decir que la sensación sigue aquí un camino inverso al recorrido de ordinario. En este, la impresión se produce en la mejilla, los nervios sensitivos la experimentan, la transmiten al cerebro, y allí, atenta el alma, la recibe; en la sensación sugerida, el alma se forma primeramente la convicción, despierta el recuerdo,

y este á su vez pone en acción á los nervios. Pasa aquí algo semejante á lo que sucede si á una persona impresionable se le dice que tiene el rostro encendido, que basta esto para verle sonrosado en un momento.

Lo mismo puede decirse de las demás sensaciones: obra en ellos la sugestión por el recuerdo que despierta de impresiones iguales anteriormente recibidas. Y es de notar que de igual suerte que con la memoria psíquica acontece con la orgánica, que, como se deja adivinar, no puede producir imágenes allí donde no tiene recuerdos. Así, pues, al que en su vida haya gustado fresas, imposible será sugerirle que las está comiendo: falta el recuerdo, y la impresión no puede reproducirse. No son solamente estas, que pudiéramos llamar ilusiones sensoriales, los únicos fenómenos que pueden producirse, se determinan también por sugestión modificaciones orgánicas verdaderas, tales como congestiones y hemorragias, aumento, disminución ó supresión de secreciones, y otros semejantes. No se trata aquí pues, de simples fantasmas evocados por la memoria, y á los cuales la imaginación da cuerpo y consisten-

cia; sinó de hechos palpables que tienen su realización en el mundo de la materia, y no tan sólo en el invisible del espíritu. ¿Podrá hallarse explicación para ellos? Sin duda, y no es otra que la ya apuntada. Si por la sola idea del rubor se ruboriza la mejilla, por el mismo medio se podrá causar congestión en una parte cualquiera del cuerpo, porque la idea del rubor suscita la del calor y este estimula los nervios y vasos capilares. Exagerada la sugestión en el sentido expresado, la hiperemia acrece y la hemorragia es un hecho. También harto se comprende que estando tan íntimamente ligadas como están con la circulación capilar y la inervación las diversas secreciones, pueden estas sentir la influencia que sobre aquellas pesa. Y no se crea que esta afirmación es poco menos que gratuita, ó que en este fenómeno hay algo de maravilloso: recuérdese sinó lo que sobre determinadas funciones secretorias y excretorias obran los diversos estados emocionales, como el dolor, el miedo, la alegría.

Cuanto, pues, ¡en este terreno se verifica; cuantos fenómenos afirmativos, digámoslo así, se producen por la vía sugestiva, todos tie-

nen la misma resolución. Ó pertenecen al mundo moral, siendo puramente fantásticos, y en este caso basta la credulidad exaltada para explicarlos; ó tienen su representación en modificaciones orgánicas, y significan la encarnación de la idea.

Pero al lado de estos hay otra clase de hechos que pudiéramos llamar *negativos ó inhibitorios*, porque en vez de consistir en la creación de algo que no existe, son por el contrario la negación de lo que tiene existencia real y verdadera. Se le afirma á un hipnotizado que no siente dolor, y en aquel momento deja de sentirlo, si lo estaba padeciendo, ó no lo experimenta aunque se intente producirsele; se le dice que no oye, y en efecto queda sordo.

Para darnos razón de esto, basta un poco de Psicología. La sensación tiene dos momentos: uno en el cual la impresión se produce en la superficie del cuerpo, obrando sobre este el objeto de una manera material y viva á la vez; y otro aquel en que, transmitida esta impresión al sensorio común donde la recibe el alma, se coloca esta en estado de atención, y siente lo que impresionó el

cuerpo. Pero que la atención falte, y poco importará la impresión que se recibe y se transmite, pues la sensación dejará de verificarse porque no es percibida. Esto es lo que pasa en este caso: se impide que el alma esté alerta, se interrumpe el acto y la función no se completa. Recuérdese sinó la diferencia que hay entre ver y mirar; oír y escuchar; tocar y palpar. Y no basta la viveza de la impresión para impedir el efecto de la sugestión, una vez que la energía de esta es superior á la de aquella.

Véase por lo expuesto, de cuan fácil y sencillo modo se comprenden los que parecen fenómenos maravillosos, y como entran todos ellos en la categoría de hechos naturales.

Caen tambien dentro del razonamiento anterior las *sugestiones á largo plazo* y las *alucinaciones posthinóticas*. Cuando al hipnotizado se le sugiere que en plazo determinado hará tal ó cual, naturalmente se une el hecho ordenado á otro en que se ha de verificar, como una fecha ú otro cualquiera. Llegado éste, se despierta el recuerdo del que le está ligado, y nacida la impulsión de

esta manera, el mandato se cumple. Es decir, pasa lo mismo que cuando nos acostamos pensando en levantarnos á determinada hora. Y no se objete que esto no explica el olvido que parece mediar entre el mandato y su cumplimiento. En realidad el olvido no existe: el alma no pierde los conocimientos que adquiere á proporción que el tiempo pasa; sino que como no pueda considerarlos todos de una vez, los que no usa en momentos dados, continúan en estado latente; más basta una circunstancia que con ellos se relacione para evocarlos y que aparezcan patentes.

Todavía una palabra más. Hay hipnólogos que admiten la posibilidad de la *sugestión mental*, fundados en algunos casos en que el sueño coincide con la sugestión hecha á distancia. Partiendo de tal supuesto, trata de explicarla Ochorowicz admitiendo la transmisión de las ideas por medio de ondulaciones del éter ó materia etérea. Mas si se tiene presente que el sueño interrumpe la actividad espontánea de la conciencia, quizá modificando la circulación de la capa cortical del cerebro, y coloca por lo mismo al su-

jeto en relación íntima, á veces exclusiva, con su único modificador, el hipnotista, necesariamente tendrá que dirigir todas sus acciones sobreexcitadas en el sentido determinado por este. Y toda indicación, la más sutil y leve, será percibida y ejecutada con perfección tal que no se comprende en otro estado que no sea el hipnótico. Por otra parte, nada hay de particular en que entre tantas y tantas ideas que por tantas cabezas cruzan, algunas se presenten simultáneamente en diferentes individuos, que si estos se hallan colocados en las condiciones dichas, bien podrá creerse que entre ellas se dá la relación de dependencia.

Dejo de intento el hacer mención de las teorías sustentadas por Mesmer, el Marqués de Puizegur, Grimes, Charpiñón, y el mismo Ochorowicz, las que, por versar sobre la intervención de agentes físicos, tienen importancia secundaria al lado de la que expongo.

Acaso se diga que la demostración sustentada es un tanto vaga y no del todo convincente. Es verdad, pero de tal defecto adolecen todos nuestros conocimientos, en consonancia con lo limitado de nuestra inteli-

gencia. En las ciencias biológicas harto se hace con observar y exponer bien, y dar una clave que facilite su comprensión.

Pasemos á las aplicaciones.

III.

Vista ya la sumarísima relación de los hechos más culminantes y generales, ¿debe reputarse el hipnotismo como asunto sin importancia, digno sólo de recrear por un momento á los desocupados, ó es por el contrario cosa seria y trascendente, merecedora de estudio y consideración? La respuesta no es por cierto dudosa. Cuantos gusten de aplicar su inteligencia y su trabajo á escudriñar los vastos y arduos problemas que el saber ofrece en sus múltiples manifestaciones, deben ver en la hipnosis mucho que debe ser estudiado y observado con proligidad. Es por de pronto un hecho sorprendente y fecundo en consecuencias, aún considerado en su aspecto puramente especulativo, que permite apreciar algo de lo que pasa en el sueño nor-

mal, ese tercio de la vida entera tan mal comprendido hasta el presente; las funciones inervadoras, las más oscuras y peor conocidas del organismo, pueden también hallar en el hipnotismo un medio experimental, no estéril en provechosos resultados; y hasta por su intermedio llegaremos á esclarecer algunos de los varios fenómenos que se realizan en la intimidad de los órganos, y de cuyo conocimiento penden no pocos ni pequeños progresos. Si nos permite activar y debilitar las diversas energías orgánicas; si con su auxilio podemos residenciar una parte del cuerpo; si en fin nos facilita el análisis de la complicada funcionalidad de la vida, no podrá menos de encerrar altísimo interés é indiscutible valor, tanto para la organización como para el espíritu que la anima. Háblese cuanto se quiera en favor del método subjetivo aplicado á la Psicología; defiéndase en buen hora, que no es por cierto de excluir el estudio del espíritu por dentro en materia de tanto bulto; pero no nos empeñemos en sostener la observación interna como único medio de investigación. Tiempo es que la Psicología tome entre las

ciencias biológicas el lugar que le corresponde; que sin concretarse á poco acertados procedimientos, abrace con fé y entusiasmo todos los que la ciencia pone hoy á su alcance; y que el estudio del alma se apoye también en los firmes cimientos de la experimentación.

En este terreno fácil es comprender los importantes servicios que puede prestar el hipnotismo á los psicólogos. Aflojados en cierto modo los lazos que unen el alma con el cuerpo, y atenuada la influencia que sobre el individuo el mundo exterior ejerce, pueden verse con más claridad los caracteres primordiales que á cada cual pertenecen; deslindarse con facilidad mayor funciones y actos; apreciarse circunstancias y condiciones que de otra suerte pasarían inadvertidas. Buena prueba de esto son los estudios ya en este sentido encaminados, á los cuales se debe no poco el conocimiento de los grados de libertad moral y de los diversos estados de conciencia. La Psicología experimental ve abrirse ya á impulso del hipnotismo dilatados horizontes, de donde han de partir fecundas enseñanzas. Mucho habría progresado la ciencia el día

en que se disipara la densa niebla que envuelve cuanto dice relación á nuestro modo de ser: entonces la ciencia primera entre los naturales, la Antropología, despidiría destellos de vivísima luz, que iluminaría muchas de las sombras en que nuestra ignorancia yace. Y preciso es confesar que la Hipnología, no obstante su reciente formación, va realizando progresos de marcada importancia. Si en la hipnosis se pueden aislar hasta cierto punto las facultades psíquicas y variar los grados de su actividad, es bien cierto que con inteligente dirección se han de corregir las deficiencias de las unas y la exaltación de las otras; y allí donde surjan resistencias muy tenaces, obstáculos orgánicos deben motivarlas, que podrán ó no ser vencidos por los solos esfuerzos de la hipnósis, ó auxiliados de otros recursos terapéuticos. Y así es como se llega á extinguir hábitos, que ya malean nuestra normalidad moral ya la orgánica; y en último término llegaremos á tener algún día una guía segura del diagnóstico de lesiones, cuya existencia hoy sólo la necroscopia demuestra.

Hasta el presente, dice un escritor de es-

tas materias, sólo se sabía dormir á los hombres envenándoles, y tiempo era de que así como diariamente sin necesidad de tal medio los hacemos pasar del sueño á la vigilia, despertándolos, supiéramos tambien hacerlos pasar de la vigilia al sueño. Y esto se consigue frecuentemente por medio de la hipnosis, quedando así muy reducidos los casos de insomnio, esa desdicha de los cerebros enclenques, que hasta ahora era combatido de ordinario con sustancias narcóticas, no pocas veces ineficaces y con frecuencia perjudiciales, puesto que son agentes de una modorra tan distante del sueño natural como cercana del embotamiento.

El dolor físico, torcedor de no pocas naturalezas, ya bajo la forma de neuralgias diversas, ya ocasionado por lesiones patológicas manifiestas ó por el traumatismo, tiene también aquí el mejor y más inofensivo de los calmantes. Como quiera que tales afecciones sean tan molestas como frecuentes, y que el poder analgésico de la hipnosis fuese uno de los primeros hechos observados, de aquí que se haya aplicado á remediarlas desde los primeros días de su invención, y con

éxito siempre seguro y eficaz. Y esta conquista tiene muy señalada significación, cuando se tiene presente que la analgesia hipnótica, siempre agradable y jamás ofensiva, va sustituyendo con fortuna á la anestesia quirúrgica, hasta hoy producida por agentes tóxicos de manejo difícil, peligrosos y frecuentemente seguidos de accidentes molestos, si bién rara vez mortales. Así, pues, aunque el hipnotismo no registrara en su historia más que este perseguido ideal de la Cirujía, bien podríamos regocijarnos de su bienvenida.

El grupo de las neurosis, afecciones que constituyen la desesperación de los médicos y de los pacientes por lo inextricables y rebeldes, tiene ahora un moderador poderoso, un remedio heróico, más eficaz sin duda que todos los habidos hasta el día. A su influjo mitíganse los estados convulsivos, desaparecen las hiperestésias, renace la adormecida sensibilidad y se despierta el embotado movimiento, reduciéndose de esta guisa el angustioso cuadro de los trastornos nerviosos.

No son las enfermedades del sistema ner-

vioso, siquiera ellas sean las que más claro lo experimentan, las únicas sobre las cuales el hipnotismo ejerce influencia. Las perturbaciones circulatorias y de la nutrición, las que afectan á las secreciones y otras varias ligadas al sistema inervador, se modifican igualmente, y no rara vez desaparecen.

Deliberadamente dejo para el final una clase de enfermedades en cuyo tratamiento la hipnosis está llamada á producir indiscutible progreso: las afecciones mentales.

Dedicado en parte á esta especialidad, á la cual me atan los lazos del deber, de la caridad y del estudio, no debiera substraerla á los beneficios del nuevo sistema terapéutico. Entre las muchas amarguras de que está sembrada la vida, ninguna mayor á mis ojos que la que ofrece el espectáculo de la razón volcada, de la inteligencia desvanecida, del hombre caído en el abismo de lo inconsciente y llegado á los umbrales de la existencia negativa. Esto de pensar que la sublime luz que por dentro nos ilumina puede apagarse dejándonos sumidos en la tenebrosa noche de la locura; que la conciencia, que señala los semáforos del pro-

celoso océano de la vida, puede desaparecer; que hasta el mismo instinto de conservación puede abandonarnos, ideas son que sólo con pasar por nuestra mente nos aturden y causan vértigo. Quien ante la contemplación de la locura no piensa ni sufre, forzosamente ha de estar tocado de enajenación mental.

La patología de las alienaciones es la más difícil entre las difíciles: la oscuridad que aún reina en la Anatomía y Fisiología cerebral; lo mal determinadas que por consecuencia de esto se encuentran todavía las lesiones encefálicas; el variado y múltiple carácter que estas enfermedades ofrecen, todo esto es cual meta que detiene el movimiento terapéutico. No es extraño, pues, que hasta ahora la mísera condición de loco no haya sido atendida por la ciencia con la misma solicitud y beneficios que otras miserias humanas. Por fortuna hoy, á impulso de los adelantos de la Antropología y de los sentimientos humanitarios, la Psiquiatria ocupa merecido puesto entre los mejores de la Nosología, y todo cuidado se pone al servicio de estos enfermos, cien veces desdichados.

Más al entrar en esta nueva senda, se ha tropezado muy luego con una seria dificultad. Mucho era ya el estudiar las diversas formas que ofrece el trastorno mental, caracterizarlas y clasificarlas científicamente; mucho era el investigar las causas de tales estados y averiguar las lesiones que les corresponden; pero faltaba el paso de más trascendencia: la curación. Preciso es decir que la Terapéutica tan rica en medios de tratamiento, resulta aquí asaz deficiente y estéril cuando de la Higiene prescinde; consíguese sí remediar con frecuencia determinados síntomas ó paliarlos, pero poco más. Todo lo que sea acentuar en el sentido moral, será capaz de obrar sobre el espíritu y las energías vitales, y por lo tanto sobre las perturbaciones de estas. De aquí los esfuerzos de todos los alienistas para establecer en los manicomios una educación especial, mediante la que se pueda influir favorablemente sobre los enfermos encauzando las operaciones de su mente. Más hacerse dueño de una razón meramente potencial, despertar una conciencia dormida, hallar las afecciones perdidas, tarea es de paciencia y virtud excepcionales.

Ahora se comprenderá que un procedimiento capaz de facilitar esta empresa, debe ser acogido con entusiasmo. Esta suerte le cabe también al hipnotismo, que al obrar por la sugestión sobre la conciencia, es dado que rectifique las viciosas inclinaciones de esta haciendo que broten verdaderas afecciones, destruyendo fantasmas imaginarios, y orientando la voluntad. Y operando así, actúa precisamente sobre los órganos lesionados por medio de sus funciones, y aporta á estas la cantidad y calidad de acción de que carecen.

Cierto es que esta innovación terapéutica, como todas, no ha llegado aún al grado de perfección suficiente, porque los locos son enfermos muy difíciles de hipnotizar; pero los resultados obtenidos son muy merecedores de tomarse en cuenta, y deben alentarnos para proseguir con fé, pues ya son muchos los casos en que la sugestión ha vuelto á encender la luz de una inteligencia que parecía apagada para siempre, y se ha visto anidarse de nuevo en el alma recuerdos y afecciones que huyeran sin dejar la esperanza de su regreso.

Si los procedimientos hipnóticos están

hoy nacientes, y no son por tanto aplicables á todos los enfermos, aguardemos el día en que perfeccionados y más completos sean de uso fácil, expedito y general.

Termino aquí, señores, este somerísimo relato, despues de cumplir mi promesa de ser fiel y exacto narrador, y de haber tocado este punto á manera de mariposa que revolotea en derredor de las flores y toma de ellas colores y sustancias sin dejar impresa su huella. Y sólo debo de insistir en que estas materias han de estar guardadas para los hombres de vasta instrucción médica, y sus beneficios para los dolientes que firmemente confien en su eficacia, resaltando en unos y otros intachable moralidad.

Y doy fin á mi discurso, que de buen grado quise fuera breve, siquiera porque no le faltase esta buena condición. Antes, sin embargo, de bajar de esta tribuna y de que termine esta fiesta, donde nos congregamos para seguir nuestra peregrinación por la ciencia, consagremos un recuerdo ;tristísimo recuerdo! al que de esta fué muy distinguido heraldo: al Excmo. Sr. D. Antonio Casares

Es un sentimiento que se agita aquí en el alma y que pugna por salir á mis labios sentimiento que á todos nosotros nos aflige, y que parece suena doloroso en las vibraciones de este ambiente. Por primera vez tras largos años falta en esta solemnidad quien tantas veces la presidió y le daba tono y carácter, el sabio maestro que á tantos de nosotros guió por la senda del saber, el ilustre químico, prez de esta Escuela y de la Nación entera, el que con su ejemplo, su amoroso consejo y prudente conducta así nos animaba al trabajo como dirimía nuestras contiendas. Justo es que le lloremos.

Como lenitivo de esta pena sírvannos, de una parte esta fé cristiana que nos conforta y nos hace verle gozando del sumo Bien, y de la otra, el conocimiento que tenemos de las especiales dotes de ilustración y templanza que realzan á su esmerado sucesor, y de las cuales podemos esperar nuevos días de gloria para la muy renombrada Escuela Compostelana.

HE DICHO.

UVA.BHSC

UVA.BHSC

UVA.BHSC